

Hernán Larraín, Presidente de la FEUC.

La Juventud Afronta Crisis de Valores Morales

A Hernán Larraín Fernández, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, egresado de Derecho, actual alumno de Filosofía, 22 años, le gustaría cantar bien y saber tocar algún instrumento musical. Admira a Bach, Mozart y Vivaldi, "en ese orden"; en sus amigos aprecia la lealtad y en las mujeres la entrega. Su virtud favorita es la humildad, "quizás porque no la tengo" y no cree que se pueda ser plenamente feliz en este mundo.

Para él, tratar de resumir y decir en forma terminante cuáles son los problemas de la juventud es sin lugar a dudas, "algo poco serio". "Cuando más uno puede decir cuáles son aquellos que uno cree que tiene, sin que por esto sean los únicos".

Piensa que lo que enfrentan los jóvenes es "el mismo problema que sacude al mundo en estos momentos". "Nos toca vivir —afirma— una época sumamente difícil y confusa en la que advertimos una serie de hechos que, además de llamarlos la atención, nos merecen profundos reparos. Entre ellos están una injusticia social de proporciones, un dominio de lo material fantástico, un libertinaje —en todo orden de cosas— que daña todo, una ambición de poder incontrolable, un egoísmo que supera todos los records. Frente a éstos, actuamos".

—¿Porqué actúa la juventud?

"Muy simple: tiene la suficiente sensibilidad para percibir todo lo que ocurre y no tiene compromiso alguno con lo que pasa. Puede, por lo tanto, decir libre y desinteresadamente lo que siente y piensa. Aunque lo que se dice no sea siempre lo mismo. Algunos lo analizan desde una posición privilegiada y le buscan el ajuste y la solución fácil. Otros son más radicales y sólo se preocupan de su destrucción".

SU UNICO TEMOR

Hernán Larraín se confiesa católico y tiene un lema en su vida, la oración de Santa Teresa: "Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa, Dios no se muda...". Por eso, cree que en el fondo el problema que sacude al mundo —y del cual la juventud acusa recibo— es, evidentemente, una crisis de valores, de no creer en la vigencia de los principios absolutos. "Es aquí —puntualiza— donde tiende a pensar que se comenten los errores de los dos grupos señalados. No se busca la reformulación o re-origenación de esos valores conforme a la situación actual, ya que o bien hay un conformismo cómplice o una actitud negativa, nihilista, que a nada conduce como no sea a posiciones utópicas".

Ambas, al final, son actitudes cómodas —agrega Larraín—, porque evitan el problema. Una, abiertamente; la otra, porque cree que algo, no se sabe muy bien qué, algo que a veces se llama revolución o historia, un "proceso", va a solucionar el conflicto. Pero resulta que "las cosas se solucionan por dentro, en el esfuerzo personal y colectivo permanente, cualquiera sea al destino que eso conduzca, en el fondo bien poco o nada es lo que se hace por avanzar, soslayando el conflicto de manera sutil".

Para él, existe un temor permanente y único: el no poder cumplir con los compromisos contraídos, con las tareas encomendadas, con la responsabilidad que se tiene.

Interrogado sobre qué papel le corresponde a la juventud dice: "Es múltiple". En su opinión ésta debe ser realista, original y tiene que definir su vida con sentido de servicio y aprender cuándo es el momento de la acción.

El realismo, según él, significa "reconocer el problema y enfrentarlo en sus reales términos. Para ello se requiere



Hernán Larraín: La juventud tiene que declararse en misión de servicio a los demás

una formación moral rigurosa y dura, que conduzca conscientemente a la raíz de los distintos problemas. Es fundamental una fuerte preparación doctrinaria, especialmente, en mi opinión como católico, religiosa; ya que es imprescindible hacer un acto de fe. Las labores del hombre son del espíritu y desconocerlo es negar la misma naturaleza humana".

EL MOMENTO PRECISO

En segundo lugar, agrega, la juventud tiene que definir su vida como "entrega a los demás, declarándose en "misión de servicio" constante y decidida. Debe aprender la lección de sus mayores, en el sentido de no dejarse vencer por la vida, que tiene a tantos, a veces, a todos, doblegados".

El joven debe ser original "y en esta etapa de su formación, especialmente. Hoy —y tal vez sea el nervio del problema, con lo que no podría solucionarse—, muy poca es la juventud que busca un camino dado por ella misma. Se limita a seguir lo que los más viejos, muchos que en sus propias historias personales han sido incapaces de hacer algo, le aconsejan, sin hacer funcionar su imaginación y su espíritu crítico, que sería su gran aporte. Es menester avanzar, agregando a lo que ya se ha hecho y a lo que se aconseja algo nuevo, distinto, creador. Si ella se limita a seguir a otros, cae en la trampa y pierde".

"La juventud —concluye Larraín— también tiene que aprender cuando es la oportunidad para actuar, que no es cuando joven. Aquí hay algo muy importante. Quien está en vías de ser algo no puede actuar como si ya fuera. Habría una inconsistencia en su acción. Luego, debe esperar su turno, siendo fiel a su deber, de manera que cuando sea algo, pueda responsable y maduramente cumplir su papel".

—¿En Chile, el problema es el mismo?

"Aparentemente —precisa— está planteado en torno a su subdesarrollo. Este fenómeno, que no es sólo económico, tiene centrada la atención de la mayoría de los jóvenes. Se tiene una posición violenta al respecto. Se pretende quebrar el marco, salir del estado de postergación y llegar a ser libre en todo sentido. Advierto, nuevamente, lo que planteaba recién. Sin duda hay, objetivamente, una cantidad de problemas trágicos en nuestra situación actual. Pero creo que la solución no es, de buenas a primeras, el desarrollo y la independencia".

CONSTRUYENDO UNA META

"La raíz del problema —insiste Hernán Larraín— está en la no vigencia de valores. Por

esa razón, en los países más desarrollados e independientes el problema subsiste. La juventud en esos países sigue protestando. Ocurre entonces que la solución no es puramente económica y social. El nervio del asunto está en lo ético, en lo moral. El problema se explica al no tener sentido cada acto que se hace, por no tener clara la finalidad perseguida. Pero el fin real y no el utópico; porque no puedo olvidar lo que decía Jesucristo, que "el Reino comienza en este mundo pero no es de este mundo".

—¿Qué solución propondría?

"Lo primero —afirma— es darle un destino a nuestro país, concorde con el de los demás, que sea entendido por cada uno de sus habitantes de tal manera que en cada acto de sus hombres esté en mente la obra común que se construye. Así tendremos una razón de ser clara y nítida. Habrá una meta a la que trataremos de llegar y por la que desterraremos las injusticias, los odios, las postergaciones, la miseria, los individualismos, en la medida en que nos sea posible".

El reconocimiento de las limitaciones es importante hacerlo desde ya, dice, porque de lo contrario "caemos en el error de los utópicos. Y hay que tenerlo presente porque la historia nos enseña que nunca se ha alcanzado la plenitud, ni remotamente, de los ideales que las grandes empresas forjadas por el hombre han buscado. El juicio histórico no ha sido por ello adverso, ni muchos menos, ya que lo importante es proponerse las metas y luchar por ellas, más que creer que casi en forma matemática, por esta decisión, se obtendrán los frutos".

"Ese destino —destaca Larraín—, el de Chile, es el que debemos asumir".

UNIVERSIDAD Y POLITICA

Al preguntársele quién, en concreto, tiene la responsabilidad de trazar las metas y señalar el camino que debe seguir el país, el presidente de la FEUC es muy claro para manifestar que en primer lugar ese papel le corresponde en forma importante a las universidades.

—¿Las universidades son políticas, entonces?

"De ninguna manera", sostiene Hernán Larraín. "Eso significa no entender nada de lo que la universidad es, por cuanto ésta tiene una misión propia que está dada por su misma naturaleza: la lucha por el saber".

Ahora bien, el saber tiende al conocimiento de la realidad, y a este respecto, hay que formular algunas consideraciones fundamentales:

a) Es falso que la realidad tenga sólo una dimensión política o social. Toda aquella parte de la realidad que estudian las ciencias físicas, matemáticas y metafísica, no es una realidad

social ni política y, sin embargo, son objeto de la Universidad. Luego, es evidente que la Universidad trasciende lo político y lo social.

b) Respecto de la parte de la realidad que tiene esa dimensión político-social, ella es también objeto del quehacer universitario. Pero aquí se impone una distinción fundamental: a la Universidad le corresponde el conocimiento científico de la realidad social, a través de las llamadas genéricamente "ciencias sociales"; y no hay que olvidar que lo científico se mueve en la órbita de lo que es objetivo y demostrable, y no de las apreciaciones prudenciales o personales, o de los "juicios de valor".

c) De lo anterior se desprende que a la Universidad no le corresponde formular un diagnóstico de la realidad social ni postular modelos concretos de solución o acción. Esta tarea es la que les corresponde a los universitarios, como hombres. La Universidad debe habilitar a sus miembros para cumplir este papel, entregándoles los elementos científicos necesarios para esa tarea, para que cada cual agregue su propia opinión personal. De esta suma surge el diagnóstico social o el modelo de solución.

d) Lo contrario, el que la Universidad asuma oficialmente o favorezca discriminatoriamente un diagnóstico social o un modelo de acción político-social determinado, aparte de exceder del plano científico y objetivo que le es inherente como institución, significa transformarla en un campo de adoctrinamiento proselitista o bien en instrumento de partidos o Gobiernos. Ello genera inevitablemente la pérdida o el deterioro de la libertad de sus miembros y, en definitiva, su destrucción total como institución universitaria.

En general, el papel lo tiene que desempeñar también el sistema educativo, que, según Larraín, tiene por misión "no sólo instruir, sino principalmente formar. Los jóvenes, sean hijos de obreros, campesinos, empleados, profesionales o empresarios, debieran ser quienes, recibiendo una educación de acuerdo a su capacidad, rompiéran el esquema vicioso a que estamos sometidos. No necesariamente en el sentido de quebrar las estructuras; éstas son formas secundarias y existen sólo para dar forma a contenidos determinados. Por el contrario, lo negativo está en el contenido, que es despreciador de valores, de los principios morales".

"En un intento purificador —no porque la juventud sea más pura, sino porque está menos viciada—, con metas concretas que permitan una sociedad justa, ética, debiéramos aunar voluntades. Sin odios, sin prejuicios, sin amenazas. Con un estilo que sea compatible con la dignidad del hombre".

La unión de los jóvenes la ve indispensable. Cree que aunque tienen "motivaciones distintas en el terreno personal, tienen un fin común y espíritu de comunidad".

Y, porque cree que las universidades tienen como misión ser "guía espiritual de los países y formar sus cuerpos dirigentes", es que les asigna un papel tan importante: "Ser el lugar social de la juventud capaz". "Esta es otra meta, a corto plazo, que se requiere. Lograr que el sistema educacional, diversificado, permita estos logros para que al fin se pueda seleccionar a lo mejor del contingente juvenil".

La juventud, termina Hernán Larraín, "en alta preparación, consciente del fin y de la realidad, decidida a comprometerse personalmente. Tal vez, en un esquema tal, los jóvenes, sus problemas, inquietudes y pasiones, encuentren un camino que, aunque duro, conduzca a alguna parte".

CARPETA 6
25-5-70
H. LARRAÍN